

—Tienes razon; soy un necio.

—No, sino un curioso... ¿Quieres volver á bailar conmigo?

—Cuantas veces quieras.

Estuvo esta muger tan amable conmigo, tan adu-
ladora, tan graciosa; y mostró en el curso de la no-
che una viveza y un ingenio tan poco comunes, que
llegó á interesarme, hasta declararme su caballero;
no sin temor de que fuera una buscavidas que me
preparase un chasco. Llevaba un compañero; un
hombre sin máscara, de buena presencia y buenos
modales, cuya cara conocia yo, pero cuyo nombre
y vida ignoraba.

Casi me requebraba mi enmascarada, escitando á
cada momento mi curiosidad creciente. Yo me deja-
ba llevar, y no hacia sino pequeños avances, que to-
dos eran no solo bien admitidos, sino prevenidos y
aún impulsados.

Aquella noche habia perdido la esperanza de bai-
lar con Serafina, y nada perdía.

Al fin del baile me dijo la incógnita:

—Supongo que vendrás mañana.

—Sí.

—Yo tambien; pero vendré enmascarada como
ahora y con diferente traje.

—Entónces probablemente no te reconoceré.

—Pero tenemos pendiente algo, y es fuerza que
nos reconozcamos.

—¿De qué manera?

—Dame algo... Acercate.

Me acerqué, y ella me desprendió el alfiler de la

pechera. Por fortuna no valia veinte reales, y aun
que lo dí por perdido desde aquel momento, no hi-
ce gran pesadumbre.

—La que veas mañana—me dijo—con tu alfiler en
el pecho, seré yo.

—Está bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana... Pero no vengas tan triste co-
mo esta noche, sino decidido á divertirme y gozar
de la vida: ¿Qué dejas entónces para la vejez?

En efecto yo habia estado algunos ratos hasta
desatento con ella, siendo sus palabras y sus accio-
nes todas tan insinuantes y ocasionadas que solo me
contenia ya, no el temor de un chasco despreciable
en carnaval, sino mi fidelidad jurada secretamente
á Serafina.

Cuando ví que esta se retiraba me acerqué á ella.

—Me has dicho que mañana.

—Sí...—y me miró con desden.

Tras ella me salí para ir á buscar en el sueño el
consuelo de mis pesares.

La mañana del lunes de carnaval se emplea en
dormir la desvelada de la víspera, y la tarde en ha-
cer los preparativos para la noche. Yo que no tenia
que aprestar lazos, ni encages, ni bromas, á la ho-
ra del crepúsculo salí á hacer mi paseo acostumbra-
do por frente á los balcones de Serafina. La encon-
tré en deshabillé, tirada perezosamente en un sillón,
con aquella divina palidez, aquellas ojeras intere-
santes que revelan un exceso.

¿Quien sabe cuantas palabras, cuantas emociones

la habrían agitado en la noche! ¡quien sabe si en sueños se habría prolongado el placer de esa orgía de buen tono que se llama carnaval!...

Con una promesa de su parte que yo creí, fácil es prever que aún no entraban los músicos á la sala, ni acababan de encender las luces, cuando ya yo estaba, el único todavía, dispuesto y alborotado mirando á la puerta por donde debía entrar Serafina.

Bien tarde llegó por cierto, y aunque no dejaba de tenerme algo curioso y alborotado la enmascaramenta de la víspera, no me moví de mi atalaya por no perder el tiempo ó comprometerme tal vez con otra y perder una ocasión que había esperado toda mi vida.

Después que Serafina se sentó, y se hubo disipado la nube de zánganos que se le agolparon al mirarla, me acerqué lleno de esperanzas.

—¿Recuerda vd. su promesa?

—¿Cuál?

—La de anoche.

—¡Ah! sí... pero también dejé pendientes otros compromisos.

—Pero creo que no serán un obstáculo.....

—Verémos.

—Vd. sabe que me daría un gran placer.

—Sí, verémos, verémos.

—¿No me quita vd la esperanza?

—Nada aseguro.

—¿Volveré mas tarde?

—Cuando vd. quiera.

—¡Ah! ¡Señorita!.....

¿No era una descepcion horrible? Mas valia que me hubiera dicho como en otra vez—no quiero—me habria hecho sufrir ménos.

Me eché à vagar por el salon, vacilando sobre si buscaria yo, ó mejor dicho, si convenia reconocer ó no á mi dominó azul. En esto pensaba costeando la hilera de mugeres sentadas, cuando una enmascarada esquisitamente vestida entreabriendo la capucha me dejó ver un fistol prendido á la escotadura del talle.... yo miré el alfiler, pero me detuve sobre un seno desnudo, que era el cielo...

—¿Eres tú mascarita?—le pregunté acercandome.

—Sí.

—Por qué señas?

—Por estas—y volvió á dejarme entrever mas bien el seno que el prendedor.

Yo soy desconfiado y le repliqué:

—Pero esa prenda puede habertela dado una amiga para embromarme, dame otra prueba.

Dióme ella cuantas pudo, pormenorizando nuestras conversaciones de la víspera, de manera que añadiendo un ecsámen que en silencio hacia yo midiendo su talle, comparando su voz, y dibujando sus brazos, al fin me convencí de que era la misma.

—Y bien,—le dije estando ya identificada la persona—¿que piensas hacer de mí esta noche?

—Que pregunta....

- Como! qué estrañas?
—Que casi te pones á mis órdenes.
—¿Y, por qué no?
—Por Serafina ó estas enfadado con ella?
—Casi, casi.
—Pues, tonto, diviertete como ella hace.
—Tienes razon. Bailemos.
—Bailemos.
—¿Que bailaràs conmigo?
—Cuanto quieras.
—Gracias— ¿Sabes? tú debes ser por lo ménos alguna amiga á quien por torpeza no reconozco.
—Es decir que en una muger estraña no hallas posible tanta condescendencia.
—La verdad, no. (Siempre he sido un bestia.)
—Me alegro; y yo tengo la culpa; cuando me conozcas me tendrás por ligera.
—Eso no.
—Ya lo has dicho.
—Evidentemente tú eres una amiga mia.
—Lo habria sido con mucho gusto.
—¿Y por qué no lo has sido?
—Porque no habia yo de llamarte.
—Pero desde hoy lo serémos.
—Si logras conocerme.
—Pues qué, ¿serás tan cruel que no me dejarías ver tu cara tampoco esta noche?
—Muy bien tenias que ganarlo para conseguirlo.
—Pues lo conseguiré.
—No me pesaria. ¡Oh! ¿Y Serafina?

- ¡Ah! . . . ¿Te sorprendes?
—Es una tonta Serafina en no quererte.
—¿Crees posible que alguna me quiera?
—A tí, con ese corazon tan franco que deja escapar hasta sus menores emociones? vaya; no me hagas hablar.
—¡Pues no me está enamorando!—decia yo entre mí—¡Bah! ¡bah! será un chasco.
Bruto de mí, que rechazo la ocasion que viene á buscarme, y luego me pongo á suspirar por imposibles, tal vez no jutificados ni por su objeto.
Sin embargo conocí que aquella inaccion me haria pasar á los ojos de una muger por el necio mas redomado, y temiendo por otra parte, si ella estaba decidida á tener un lance, obligarla á ser tan esplicita que me fastidiara, cambiando metódicamente de carácter, y dejandome siempre la espalda cubierta, comenzé de obra y de palabra á manifestarle cuanto interés me habia inspirado.
—Una cosa sola será de sentirse—me dijo—y es que tu interes se acabe con el carnaval.
—Eso no depende de mí: ¿como podré adorarte si no te conozco? y si desapareces incógnita como estás ahora, aunque consagre yo mi corazon á un ser ideal, no por eso podrémos
—Pero dime; esa torpeza que tienes para reconocerme, cuando apenas hay cosa mas conocida, es verdadera, ó quieres obligarme á que te haga esta última concesion?
—Puesto que desconfias, piensa lo que quieras;

pero no te conozco, y no podré amarte luego que hayas cambiado de traje.

—Bien, dejemos esa cuestion. Mañana me conocerás si lo has merecido esta noche.

Estabamos ya, como dicen, de quebrar piñones. La acompañaba al tocador, la llevaba á tomar el fresco; aventuré palabras y finezas bien significativas, y ella correspondia perfectamente. Con todo, el golpe de gracia lo reservé para el siguiente dia despues de conocerla.

Si es una aventurera se guardará de darme la cara, ó sabré como he de manejarla: si es una muger de caprichos, no se reirá á mi costa, ó me tomará como instrumento para no volverme á saludar.

Algo me distraje de Serafina con esta aventura fria; sin dejar por eso de ir á rogarle periódicamente que me cumpliera su promesa. Siempre una evasiva, un desden ó un desaire completo. ¡Cuanto sufría yo!...

Acabó la noche y viendola salir corrí á ella.

—Se va vd. sin cumplir su promesa.

—Será mañana.

—De veras?.... ¿me lo promete vd?

—Prometer no, pero verémos.

Desalentado me volví á mi enmascarada que solía tomarme cuenta de estas ausencias. Ella salió tambien y no permitió que la acompañase ni á la puerta.

—Mañana me quitaré un rato la careta. Adios.

—Adios, linda.

—Mañana verás si es cierto—y sus ojos me decian que esperaba dejarme satisfecho.

Antes de ir al baile del mártes, última noche de locura para los burgaleses, medité seriamente sobre lo que debía de hacer.

¿Sigo haciendole el lloron á Serafina, que al fin no bailaré conmigo, ó me atengo á mi desconocida que por poco que valga, parece estar dispuesta á proporcionarme un rato de positivo placer?

Esto es lo mejor. No vuelvo á hablarle á Serafina, ni á cometer la bestialidad de dejar lo dudoso y lo ideal, por lo cierto y lo positivo.

Con tales intenciones entré á la sala.

Mi enmascarada me habló luego que me vió pero yo vi á Serafina, le fuí á hablar dejando á la otra.

La encontré mas blanda; y aunque frívola, me dió una disculpa; demasiado era esto, y desde luego formé el propósito de no comprometerme con la otra de manera que me impidiese completamente el seguir esperando de esta el placer inefable de bailar con ella.

Tan amable me pareció, que despues de seis años de rigor constante, vislumbré una esperanza cierta y comencé á ser desatento con la enmascarada para librarme completamente de ella si era posible.

—Llevame al tocador—me dijo la desconocida á eso de la una de la madrugada.

Fuimos y cuando estuvimos solos, me dijo quitándose la careta.

—Mirame....

—Ah! es vd....—esclamé sorprendido al verla.

—Me he quitado la careta por uno de estos dos motivos; ó porque no vacile vd. creyendome una cualquiera, ó por, despedirlo al fin, si despues de conocerme sigue tan desatento, tan impolítico.

—Pero; señora....

—Aún no soy casada.

—Pues bien, señorita, vd. dispense.

.....

—Ahora ya sabe vd. quien soy. Lleveme á la sala, y no se me vuelva á acercar.

—Yo no he dado motivo....

—Es vd un majadero!.... Vamos.

Confundido como un criminal le dí el brazo y la dejé en un sofá.

Era nada ménos que Mariana, la hermana única de un usurero rico tan avaro él como pródiga ella: la cotorra de Búrgos, afamada por su talento, su frescura de treinta años, y su cortesanía positivista.

Y yo habia perdido aquello!....Habia sido tan torpe que no la reconocia cuando todos envidiaban ya mi fortuna!....¿Qué me importa?—iba yo diciendo entre mí—Voy á bailar con Serafina, cuyo amor puro y virginal vale por todos los placeres del mundo.

Pero el diablo me perseguia. Al verme Serafina, sin darme tiempo de hablar:

—Escusese vd. la molestia de estar viniendome dijo—al cabo creo que no bailaremos.

—Pero vd. me lo prometió.

—Estaria distraida.... No hemos de bailar.

—Está bien.... Adios!....

El adios de un moribundo tendrá un acento ménos lúgubre; y cuando yo mismo lo pronuncie no he de sentir tan profundo dolor.

Tanto desprecio, tanta ingratitud, cuando por ella lo dejaba todo!.... Ni siquiera cortes se mostraba conmigo, una muger que era con todos la misma urbanidad.

Esa conducta irritó mis deseos, y resolví ya que no podia bailar con ella, ni entablar una conversacion de un minuto, siquiera tomarla la mano cruzandonos en el baile, cosa que ella evitaba tambien con el mayor cuidado.

Ya á la madrugada, cuando la fiesta iba á terminar, viendo que huía de mí como de un epidemido, formé mi plan. Se tocó una contradanza y no busqué compañera, sino que con la vista fuí siguiendo á Serafina que bailaba sin el cuidado de encontrarme.

Ella caminaba hácia uno de los extremos de las parejas, y era seguro que llegando á la última, si yo me paraba de improviso con una compañera, tendria que bailar mal de su grado, ántes que cambiar de direccion. Ella me vió que la seguía, y no hizo caso, no adivinando mi intencion. Yo recorri con la vista mis alrededores.

Precisamente en el lugar mas prócsimo estaba sentada una mascarita de aquellas que llevan tant^o ridiculez en su porte, su figura y su vestido, que nadie las sollicita, y ellas se mueren de envidia y de pesadumbre inmóviles en su lugar.

Miéntas Serafina daba las últimas vueltas de valse, yo me acerqué á la enmascarada fea, que sin darme tiempo de acabar la frase, se levantó componiéndose el vestido y dandome la mano.

Cuando Serafina se vió frente de mí con tal compañera, se vengó riéndose de la caricatura: á mí no me importaba.

La música siguió, hicimos la cadena y Serafina me tendió la mano..... pero con cuanto desprecio, con qué modo tan humillante..... y al volverse limpió el guante con su pañuelo, como si se lo hubiese dejado lleno de lodo!.... Y no fué accion casual sino marcada con la mas negra intencion: esperó á que la viera para herirme.... Serafina ha inventado siempre las armas mas agudas para traspasarme hasta el alma.

Los otros que formaban el grupo nos vieron sorprendidos; yo ciego de ira, y anonadado por el dolor, tomé de la mano á aquella pobre muger que me habia servido, y la estiré á su asiento, donde la dejé sin decirle una sola palabra de disculpa.

No es ecsageracion: hasta este grado de acritud y dureza ha llegado Serafina; que así como yo me dejaria morir por ella, ella tambien se dejaria morir, ántes que concederme el menor placer.

Ambas cosas bien naturales. Su desden era y será el pábulo de mi amor; y su ambicion y su amor propio son el estímulo de su desden.

¡Pero soy acaso un hombre tan corrompido, tan asqueroso, tan despreciable, que con toda la ternura y la pureza de mi amor, con todos mis sacrificios y mi idealismo no merezco siquiera la compasion de las gentes, y la tolerancia de una muger á quien deifico en mi corazon y en mis versos?

Yo que no vivia sino para Serafina, caí en el desaliento mas negro, desde este momento en que me habia dado una especie de sentencia absoluta. Ni hablarle, ni tocarla siquiera, al traves de los guantes, barrera que ha impuesto la sociedad á la amistad, á la confianza, al amor!.....

¡La he de amar hasta la muerte!.... este juramento lo hice con la fé de un supersticioso.

